

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 6. LA ESPERANZA DE LA FIESTA

1) INTRODUCCIÓN	1
2) UN RELATO QUE PUEDE ILUMINAR	1
3) LA PALABRA Y LA IMAGEN	2
4) EL GENUINO SIGNIFICADO DE LA FIESTA	3
5) CONCLUSIÓN.....	4
6) CONCRETANDO	5
7) PRÁCTICA FAMILIAR	5

1) Introducción

Tras haber profundizado, en los dos últimos temas, en la esperanza que generan perdonar y trabajar, concluimos el tríptico de este trimestre con la pregunta por la esperanza que genera celebrar. Si recordáis, los temas del curso 2019-2020 se dedicaron al tema *Celebrar en familia: el gozo de la comunión*. Retomaremos alguna de las ideas de aquel curso, pero ahora lo que nos interesa es concretamente la pregunta: Celebrar en familia, ¿qué esperanza genera?

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, la primera acepción del término celebrar es conmemorar, festejar una fecha, un acontecimiento. El verbo latino “celebrare” se deriva del adjetivo “celeber” que originariamente significado concurrido, frecuentado, numeroso y abundante. Su antónimo era “desertus”, desierto, abandonado. El significado y la etimología de la palabra ya nos indican que la celebración es siempre un evento comunitario. En este sentido, el matrimonio y la familia son los lugares primigenios donde la vida se celebra.

Uno de los síntomas de la crisis de la esperanza puede constituirlo el que el hombre contemporáneo no encuentra nada que celebrar. El nihilismo de nuestro tiempo está cambiando. La visión puramente inmanente de la existencia, la ausencia de sentido último de la realidad, la incertidumbre y temor ante el futuro pueden constituir una oportunidad para despertar preguntas importantes: ¿de verdad que no hay nada que celebrar? ¿Acaso la vida no triunfa sobre la nada?

2) Un relato que puede iluminar

Un cuento del escritor italiano Dino Buzzati (1906-1972), *El hombre que quiso curar*, narra que a las afueras de una gran ciudad se encontraba una leprosería. Acudían allí los enfermos, privados de toda esperanza; antes de entrar, volvían suspirando la vista hacia las murallas lejanas, de las que llegaba el eco del

bullicio, música de fiesta y celebraciones. La ciudad se mostraba a sus ojos llena de colores, de vida, rebotante y atrayente, pero debían mostrarle la espalda y encerrarse en aquel antro gris de enfermedad y condena.

Un día llegó un enfermo joven, apuesto, de familia rica, manchado cruelmente por la lepra. Él no se resignaba a su reclusión; y mientras los demás leprosoos trataban de aprovechar lo mejor posible su tiempo en aquella ciudadela, permanecía encerrado en su casa, rezando a Dios con insistencia por una curación. “Vosotros, les decía, habéis abandonado ya la esperanza, no pensáis que sea posible volver a la ciudad, habéis apagado vuestro deseo del regreso. Pero yo no, yo sigo esperando, yo confío un día volver, por eso permanezco en oración sin darme a vuestras pobres distracciones; yo pido a Dios con insistencia, yo conseguiré alcanzar lo que quiero”. El leproso más viejo le miraba con curiosidad, pensativo.

¡Sus oraciones surtían efecto! Día tras día aquel hombre, a base de rezos, veía retirarse y desaparecer la lepra, cada vez más cercano de la curación. Ese día llegó, y el joven se sometió a la inspección para poder abandonar la leprosería. Pero, para su disgusto, había en su piel todavía una pequeña mancha: debía seguir encerrado. Aún así, no se desanimó: siguió suplicando, rezaba sin cejar, casi extenuado consiguió lo que perseguía: un día estaba sano y las puertas de la leprosería se abrieron para permitirle la vuelta a la verdadera vida.

Pero he aquí que, cuando hubo atravesado de nuevo el umbral, tras tanto tiempo de privaciones, al mirarla de nuevo, la ciudad le pareció gris, sus colores desteñidos, sus músicas monótonas y tristes, imposibles de suscitar atracción y alegría... El anciano leproso se le acercó por detrás y le dijo: “Sabía que esto te sucedería. No hay remedio: has suplicado tanto a Dios, que has conseguido curarte. Pero, estando tan cerca de Él, también has sido transformado. Y ahora ya no te atraen los colores de la vida terrena, ya te repugnan los ruidos de la ciudad lejana, ya te dan náuseas sus manjares. Solo te queda una solución: volver a la leprosería y terminar aquí tus años, pues te has hecho insensible a todo gozo de la vida, de tanto contacto con Dios...”.

Podemos preguntarnos si este relato puede ser, en cierto modo, una parábola de lo que hemos vivido durante la pandemia. Más allá de ello, la cuestión radical que se plantea es que ¿será verdad que el contacto y la cercanía con Dios nos hacen insensibles a todo gozo de la vida? La crisis de los grandes relatos, será reflejo de la crisis ante la grandeza de nuestra vida y nuestra vocación?

El hombre posmoderno habita en una cultura del tiempo libre, que tiene como función eliminar el tiempo que sobra. De este modo, más que celebrar, la posmodernidad prefiere entretenerse. El entretenimiento para algunos filósofos está generando un nuevo estilo de vida, elevándose a un nuevo paradigma o fórmula del mundo y del ser. Únicamente lo que es entretenido es real o efectivo.

3) *La Palabra y la imagen*

“Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos. Ruego a Evodia y también a Sintique que piensen lo mismo en el Señor. Y a ti en particular, leal compañero, te pido que las ayudes, pues ellas lucharon a mi lado por el Evangelio, con Clemente y los demás



colaboradores míos, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. Nada os preocupe, sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Flp 4, 1-7).

La esperanza cristiana está vinculada a la alegría. El Apóstol San Pablo, en la carta a los Filipenses, describe los rasgos propios de la alegría cristiana. Cuando Santo Tomás de Aquino comenta estos versículos afirma que el gozo tiene cuatro condiciones: debe ser a) recto; b) continuo (no interrumpido por el pecado); c) multiplicado y d) moderado. La causa de la alegría es la cercanía del Señor. El Doctor Angélico explica que el hombre se alegra por la proximidad de los amigos. El Señor está cerca por la presencia de su majestad (Hch 17,27: “...no está lejos de ninguno de nosotros), por la cercanía de la carne (Ef 2,13: “Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo), por la inhabitación de la gracia (St 4,8: “Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros”); por su escucha a los que invocan su clemencia (Sal 144,18: “Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente”; Is 13,22: “Ya está a punto de llegar su hora, sus días no tardarán”).El mismo San Pablo, en la carta a los Romanos exhorta de este modo: “Que la esperanza os tenga alegres” (Rm 12,12). Podemos decir que la esperanza es fuente de alegría continuada, y que la alegría hace crecer la esperanza. El gozo que genera la esperanza es el que procura una cierta posesión del bien que se entrevé.

Jesús en el Evangelio de San Lucas dirá a sus discípulos: “Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo” (Lc 10,20). Y en el libro del Apocalipsis se afirma: “Ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio que habían dado, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte. Por eso, estad alegres, cielos, y los que habitáis en ellos” (Ap 12,11-12).

La alegría más propia de la esperanza es la fruición (*fruitio*) que se refiere al fin último, a la bienaventuranza de la comunión con Dios, porque el apetito sólo encuentra reposo en ella. Sin embargo ya está presente de modo imperfecto en el dinamismo intencional hacia ese fin último.

4) El genuino significado de la fiesta

En un artículo titulado *La fe como confianza y alegría: Evangelio*, Joseph Ratzinger afirmaba lo siguiente: “La Iglesia regala al hombre la fiesta, y eso es algo distinto del tiempo libre. La mera circunstancia de no trabajar no constituye fiesta alguna. Uno de los problemas de la sociedad actual estriba en que, si bien sufre un profundo hartazgo de la adoración del trabajo, no puede encontrar lo otro, que sería la libertad para emerger de lo habitual. Así, poco a poco el tiempo libre se vuelve para ella más amenazante e inquietante que el trabajo”. La fiesta, por tanto, no equivale al tiempo libre, y buscando únicamente disponer de tiempo libre el hombre paradójicamente se torna más esclavo aún que cuando vive únicamente para trabajar. “La libertad para emerger de lo habitual” es uno de los factores que constituyen la verdadera fiesta.



Continúa Ratzinger de este modo: “Pero ¿qué es lo que constituye la fiesta? Justamente el hecho de que no se basa, una vez más, en una decisión propia, de que no es, nuevamente, algo hecho por uno mismo, sino que está previamente dado, proviene de una habilitación que no pronunciamos nosotros mismos. La fiesta implica no discrecionalidad: es aquello que no hacemos nosotros mismos, sino que nos está previamente dado. Además, la fiesta implica realidad, que se concede y que, con ello, hace de una pausa una realidad de otro tipo”. La fiesta, por consiguiente, se enmarca en la lógica del don, pues es algo que nos viene ofrecido, dado. No es algo que dependa exclusivamente de nuestra propia voluntad, sino un acontecimiento que nos sale al encuentro. En este sentido no celebramos una fiesta cuando nos viene en gana.

Ratzinger añade lo siguiente: “Por último, hay una tercera cosa que mencionar: la fiesta solo puede ser eso distinto en sentido propio si se funda en una habilitación para la alegría. La fiesta es expresión de que no recibimos nuestro tiempo solamente de la circunvolución de los astros, sino de los hombres que han vivido, amado y sufrido antes que nosotros, es decir, que el tiempo de los hombres es tiempo humano. Visto más profundamente, es expresión de que, en última instancia, recibimos nuestro tiempo de aquel que sostiene la totalidad. Es la irrupción del totalmente Otro en nuestra vida: un signo de que no estamos solos en este mundo”.

La fiesta, en este sentido, nos enseña a vivir el tiempo en una dimensión muy profunda. El tiempo astral, el que marcan los relojes por el movimiento de los astros no es suficiente para el hombre. El hombre necesita vivir el tiempo humanamente. Esta humanidad de la temporalidad proviene, en último término, de que Dios tiene tiempo para el hombre. La fiesta está llamada a generar una comunión entre nosotros y Dios, reconociendo el gozo del tiempo pleno, reconociendo a Cristo como *Cronocrator*, como Señor del tiempo.

5) **Conclusión**

Tras haber estudiado la esperanza del perdón y del trabajo, en esta tercera tabla del tríptico de este trimestre, hemos profundizado en la esperanza de la fiesta. Hemos iniciado nuestro itinerario con la etimología de celebrar para darnos cuenta que la esperanza festiva es una esperanza común.

En las celebraciones no solamente hacemos memoria del pasado, sino que actualizamos el don recibido que crece y nos impulsa hacia el futuro, en el movimiento propio de la esperanza.

Con el relato de Buzzati podemos comprender mejor que la cercanía y proximidad de Dios en nuestra vida, lejos de disminuir la esperanza y la alegría de la fiesta, las hace crecer. Como sabemos, el escritor inglés C.S. Lewis relató la experiencia de su conversión en una obra autobiográfica titulada *Cautivado por la alegría* (*Surprised by Joy*) escrita en 1955.

La importancia de los relatos la constatamos también en la Sagrada Escritura. El Apóstol San Pablo vincula en sus cartas la esperanza y la alegría de un modo profundamente dinámico. Los hombres estamos llamados a la gloria de la Resurrección, y el Resucitado nos hace ya partícipes en este mundo de su vida desbordante.

La celebración y la fiesta de la fe tienen así una novedad, que se ha de reflejar en nuestro modo de vivir y de celebrar en nuestras familias. Nos enseña a vivir el tiempo de un modo muy profundo, desde la plenitud del Resucitado y con la alegría del Espíritu. Podemos invocar a la Sagrada Familia para que nos enseñen a vivir todas nuestras celebraciones con este profundo significado.

6) Concretando

1. ¿Qué celebraciones generan más esperanza en tu familia? ¿Por qué?
2. Comenta el relato de Dino Buzzati y qué luz arroja
3. ¿Cómo vivir la reciprocidad entre esperanza y alegría?
4. ¿Cuál te parece que es la peculiaridad de la fiesta cristiana?

7) Práctica familiar

Ver como equipo una película sobre la esperanza y comentarla. Como sugerencia podría ser *De dioses y hombres*, que afronta el tema del martirio.